

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

COLECCION DE LOS ARTÍCULOS ORIGINALES DE «LA LECTURA POPULAR»

Van publicados dos tomos que se venden al precio de una peseta cada uno de ellos francos de porte en toda España. Al que tome doce ejemplares se le regalarán dos, y al que tome ciento se le regalarán veinte.

Dirigirse al editor, D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, 40, segundo, derecha, Madrid; acompañando el pedido con su importe.

SECCION RECREATIVA.

PERO ¿DE VERAS HEMOS DE RESUCITAR?

Hace ya algunos años, era yo todavía simple estudiante, y hube de verme un día en la dolorosa necesidad de acompañar hasta la última morada á uno de mis amigos, muerto en temprana edad. Era numeroso el cortejo, y se despidió, según estilo, á la puerta del fúnebre recinto; pero los más allegados no nos dimos allí por despedidos, sino que quisimos presenciar hasta lo último el acto de la inhumación. Tres ó cuatro de los más íntimos de la familia rodeábamos el ataúd que iba á encerrarse en uno de los nichos que en inmensas hileras forman calles y barrios en el vasto Campo santo de Barcelona. El sepulturero andaba ocupado en la operación precisa de quitar del nicho las tablas de otro ataúd depositado allí diez ó doce años antes, arriando á un lado, como se usa, los huesos mondos y secos del antiguo huésped, para hacerle plaza al recién llegado. Contemplábamos meditabundos esta lúgubre faena los allí reunidos, cuando uno de los presentes, joven cursante de medicina, según supe después, tomando en sus manos uno de los huesos pelados que se le había caído de las manos al sepulturero, acercóseme y me dijo con aire de quien caza muy largo: «Pero, señor, usted que sabrá esas cosas, ¿de veras le parece que eso ha de resucitar?»

Miráronnos los circunstantes, con sorpresa todos; con indignación alguno, al oír profanado el lugar de la muerte con bravatas de incredulidad; con curiosidad los más, aguardando la contestación que diera yo al imprudente provocador.

Era preciso contestar á tan brusca como inoportuna interpección, y contesté:

—Sí, señor, le dije con calma y aplomo. Creo firmemente que eso ha de resucitar.

—Pues á mí se me hace difícil comprender cómo puede hacerse el milagro.

—Milagro, dice usted y dice bien, pues

por de contado se supone que obra como esa no ha de ser natural, sino milagrosa. Y porque es milagrosa es no sólo difícil sino imposible de explicar á satisfacción, porque lo superior á las leyes ordinarias no es capaz de comprenderlo la pobre razón humana.

—Entonces admitís buenamente lo absurdo. ¡Lo sabíamos!

—Ya pareció la palabrita, ¡válgame Dios! No, hombre, no. Lo oscuro habrá querido decir usted tal vez por equivocación. Lo oscuro, sí; lo absurdo, no. El teorema más claro de geometría es absolutamente oscuro para el rústico patán, que no está á la altura de aquellos conocimientos, al paso que es verdad clarísima para usted que los posee. Lo cual prueba que aquel teorema es en sí clarísimo y evidente, y que su oscuridad mayor ó menor no está en él, sino en los alcances más ó menos cortos de quien ha de comprenderlo. Así algunas verdades de la fé son oscuras é incomprensibles para el hombre, que es aquí en comparación de ellos mucho menos, infinitamente menos, que un rústico patán en comparación de los problemas de geometría. Evidentes lo son para Dios, que las conoce por completo, y clarísimas seranlo para nosotros en el cielo, cuando á favor de la luz de la gloria se nos habrá mejorado la potencia intelectual.

—¡Hombre! como con un lente se alarga la vista, querrá usted decir!

—Sí, señor, como con un lente, aunque usted haya sacado por burla la comparación. No es sino muy exacta. Que el corto de vista no alcance á ver los objetos á distancia, no prueba que ellos no existan, sino que al infeliz no le llega la vista hasta allá. Denle un lente apropiado á su necesidad, y los verá perfectamente. Así, amigo mio, el que V. ni yo no comprendamos esas cosas, no es razón para deducir que no sean ciertas; lo que hay, sí, es que no llega allá nuestro ojo humano, y hay que esperar lo ayude Dios con los lentes, sí, señor, con los lentes de la eternidad, mientras por de pronto nos da fé de lo que no vemos la autoridad de la revelación, que es su propia palabra.

* *

—Pero la verdad es, prosiguió mi interlocutor, que ahí en este asunto de la resurrección de los muertos es donde se hace más difícil prestarle á Dios ese crédito á oscuras, esa fe que les exige á los católicos la Religión.

—Al revés, amigo mio, al revés, y eso me prueba que ha dedicado usted en toda su vida muy pocos minutos á reflexionar sobre estas materias. Si hay misterio alguno que se presente fácil á la humana inteligencia, es precisamente ese. Casi de puro claro dejaría de ser misterio.

Oigame usted y falle luego sin pasión.

¿No es Dios quien ha construido nuestros cuerpos y ha unido á ellos nuestras almas? Importa poco el medio: háyalo hecho Él mismo como en el primer hombre, ó por mediación de otros como en los restantes, procedemos de Él y cabe siempre decir que somos obra de sus manos. Si, pues, Él nos ha construido una vez, ¿no podrá acaso reconstruirnos otra, y ciento y mil? ¿Qué dice á esto la razón humana? La razón humana debe decir que sí.

Es usted arquitecto, y procede á la restauración de un precioso monumento que por los años se vino abajo. Recoge usted una á una las piezas de sillería que andan por allí esparcidas,—esto lo ha visto hacer usted pocos años atrás en Barcelona con una de sus iglesias;—las numera usted para reconocer su orden, vuelve usted á emplazar los cimientos, alza usted de nuevo las paredes, traba usted de nuevo los arcos, cierra usted de nuevo las bóvedas, y cate usted un edificio muerto y resucitado. Y lo que hace en sus obras chicas ó grandes la criatura ¿no podrá hacerlo con la obra de su poder infinito el Criador?

Advierta usted que convienen los químicos en que la materia no se aniquila al destruirse un cuerpo; no hace más que transformarse. De los átomos que componen el cuerpo de ese amigo nuestro que vamos á sepultar (piedras numeradas de ese edificio que ha querido demoler Dios para reconstruirlo en su día), de esos átomos, digo, que componen ese cuerpo, ni uno solo se perderá; permanecerán en el mundo sin aniquilarse, hasta el día en que, á una señal del supremo Arquitecto, vuelvan á reunirse en la forma y organización que tuvieron ayer. La voluntad de Dios hará que se le junte el alma á ese conjunto de átomos otra vez reunidos en la forma que tuvieron, y mi hombre se pondrá en pié como usted y yo en esos momentos. ¿Puede ó no puede hacer esto la omnipotencia de Dios?

Duda usted de la resurrección de los muertos, y ahora mismo y siempre de continuo está usted resucitando. Sí, caballero; según enseñan las más adelantadas teorías fisiológicas, el hombre es un sér que sin cesar está renovándose, de suerte que su carne de hoy no es ya en rigor su carne de ayer; de suerte que no hay en mí molécula alguna de las que había un tiempo atrás; de modo que continuamente está usted muriendo y continuamente resucitando, ya que continuamente deja usted de ser lo que fué y va empezando á ser lo que no ha sido. Por donde los antiguos filósofos, que sabían de muchas cosas, y de estas sobre todo más que nosotros, decían ya en los

tiempos de Maricastaña que *conservatio est continuata creatio: la conservacion es una continuada creacion*. Lo cual aplicado á nuestro asunto podríamos muy bien modificar diciendo, que la conservacion del sér orgánico es una continua reparacion de una continua destruccion, es decir, es una continua resurreccion de una muerte tambien continua. Pues bien. Lo que por los medios comunes y naturales anda haciendo con cada uno de nosotros á todas horas, y como á la larga, la mano de Dios, ¿no podrá hacerlo un día con medios extraordinarios y sobrenaturales con todos juntos y en un momento dado?

* * *

Así le contesté á mi interlocutor, y enmudeció el guapo. ¡Vaya que la incredulidad se atasca en muy poca cosa! ¡Si creerá que no tiene Dios más poder del que cabe en sus flojas entendederas! «Dios, dice, no puede resucitar los muertos, porque yo no comprendo cómo eso se puede hacer.» Callad, tontos, callad, que con eso no haceis más que poner en evidencia lo profundo de vuestra tontoría. Si esto fuese cierto, deberíamos empezar por negar todo lo que pasa aun en el órden natural, supuesto que de eso tampoco entendeis jota por muy sabios y por muy ilustrados que os pinteis. Es falso que nazcan hombres en el mundo, porque ni vosotros ni nadie llegó á comprender jamás el misteriosísimo misterio de la generacion. Es falso que produzcan trigo los campos, porque nadie, que yo sepa, por afamado naturalista que sea, ha sabido darme razon de cómo germinan las plantas. Es falso que pienses tú y te muevas, y cómo y hables, porque la verdad es que el secreto último de esas tus operaciones, de la union de tu alma con tu cuerpo, de la influencia mútua del uno en el otro, son problemas cuya explicacion está aun por descubrirse, y es probable que tardará. De todas las cosas de este mundo visible y tangible sabemos el *qué*, pero ignoramos el *cómo*, así que se trata de abundar algo en su íntimo sér: ¿y no será insensato, de puro presuntuoso, quien presuma que ha de conocer á fondo todo el *cómo* de las cosas del órden superior? ¿no es insufrible fatuidad decirle á Dios: Yo no creo que Tú, omnipotencia infinita, puedas hacer eso, porque yo, miserable corto de vista, no alcanzo á vislumbrar cómo lo vas á poder hacer?

* * *

Sí, resucitarás, amigo lector, y todos los que, como aquel mi contrincante del cementerio, niegan este dogma de fé, resucitarán tambien á pesar suyo. Resucitarán todos, buenos y malos; los unos para asociar su cuerpo á su eterna felicidad; los otros para hacerlo partícipe de su eterna desventura. El mar y la tierra devolverán aquel día los cadáveres que fueron sepulta los en su seno; la mano de Dios congregará las piezas dispersas de esta máquina, que sólo Él ha podido con su voluntad montar y luego desmontar y más tarde volver á montarla. No ha de ser menor Dios que cualquier mecánico vulgar de los que hacen cada día tan sencilla operacion. Y volverá tu alma á animar tu cuerpo y á darle calor,

vida, habla, pensamiento. Tal es la fé cristiana, tal ha sido la fé de todos los siglos, aun en medio de la gentilidad. El infeliz Job se consolaba del mísero estado á que se veia reducido, cubierto de llagas, mandando por todas ellas podre y corrupcion, diciendo con el acento de la más firme seguridad: *Creo que vive mi Dios Redentor y que en el día postrero he de resucitar de la tierra, y otra vez he de verme cubierto de mi piel, y con mi propia carne he de ver á mi Dios. Y he de ser yo mismo quien lo verá, y no otro, y han de ser estos mis ojos y no otros los que le han de mirar. Esta esperanza tengo depositada con toda seguridad en mi corazon.* (Job, XIX).

Esta ha de ser, amigo mio, tu fé, esta tu seguridad, esta tu inquebrantable esperanza.

F. S. y S.

EL DESTINO DE UN SUICIDA.

Acababa de morir un suicida, y el Angel de la guarda llevo su alma ante el tribunal de Dios.

La sangre derramada por este infeliz no habia salpicado sólo su nombre; habia manchado tambien su alma y la habia puesto negra; negra como el pecado que sumergió á Luzbel en el averno.

El Angel, cubierto con sus alas, le acompañaba avergonzado; que el Angel de la guarda, por malos que seamos, no nos abandona hasta que el Juez supremo nos absuelva ó nos condene.

Oyóse en el espacio un trueno que hizo temblar al suicida, y apareció en las nubes Aquel que habia de juzgarle. «La gloria de este Juez cubre los cielos; su esplendor brilla como el sol, y la nube que vela su majestad despide rayos.»

Mira al desgraciado suicida, y de sus ojos salen dos llamas de fuego.

—¿A dónde vas? le dice; ¿quién te ha llamado aquí?

—Señor, era infeliz en el mundo, y puse fin á mi existencia.

—A una existencia que no hera tuya, porque ni de tí ni de hombre alguno la habias recibido. Yo te formé del polvo de la tierra, Yo te di un alma hermosa y pura como el Angel que asiste cerca de mi trono. Yo te crié para que reinaras en el cielo. ¿Por qué has cortado el hilo de tu vida? ¿Por qué cambiaste tu destino? Pero ¿en qué eras infeliz?

—Era rico, y perdí en el juego mi fortuna, y no podía vivir en la miseria.

—¿Y no sabes que Yo soy el que lo dispone todo y el que todo lo dirige con su mano omnipotente? ¿Hacian las riquezas tu felicidad? Yo te las quité para tu bien. Un día que tenias oro y tierras digiste blasfemando: «Yo no necesito nada, ni aun de Dios.» Y no sabias que eres miserable y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo.

—Era un hombre honrado, y un día succumbí á la tentacion, y cometí un gran crimen, y me cogieron infraganti, y no podía vivir en la deshonra.

—Por malo que sea el hombre, le están abiertas siempre las puertas del arrepentimiento. Yo soy grande, y mi misericordia es infinita. Yo perdono al pecador arrepentido, y cuando Yo perdono, el trabajo y las virtudes calman la indignacion de la ultrajada sociedad.

—No era feliz en la tierra, y dije: «Descansaré en la sepultura.»

—¿Y quién es feliz en la tierra? ¿No sabes que el mundo es una mansión de des-

dichas, un valle de lágrimas? Nadie, nadie puede decir: «yo soy dichoso»; ni el rey ni el último vasallo; ni el rico ni el mendigo. Se ha dado al hombre vivir en la tierra para conquistar á fuerza de trabajos el reino de los cielos. Por eso todos los goces del mundo acaban con lágrimas, y el dolor está mezclado con la risa. Pensabas descansar en el sepulcro, sin recordar que hay en tí un alma inmortal que no puede volver á la tierra, porque no fué formada de la tierra. Mira, insensato, tú que no quisiste creer en otra vida.—

Dijo el Señor, y con su dedo omnipotente mostró al suicida todos los pueblos de la tierra.

—Mira,—le dijo, y vió dolores y placeres, y vicios y virtudes. Allá reyes magnánimos visitaban y socorrian á los pobres; aquí opulentos cortesanos pasaban en orgías los días y las noches. Allá los ladrones y asesinos perseguian á las caravanas en el fondo del desierto; acá los religiosos acortaban su vida en medio de las nieves para salvar la del viajero extraviado.

Y volvió á hablar el Señor al suicida, y le dijo:

¿Has visto tanta virtud y tantos crímenes? Muchos son ignorados en la tierra, muchos quedan sin recompensa y sin castigo. ¿Y habian de ser iguales los buenos y los malos cuando les cubra la losa del sepulcro? No, no. Yo estoy en todas partes; Yo, que veo lo que se hace ocultamente, doy en la eternidad el premio y el castigo. Desnudo y solo viene á mí el opulento cortesano; desnudo y solo el rey; solo el vasallo; sola la dama que hacia las delicias de los hombres; sola a pobre huérfana y la viuda. Y aquí, temblando en presencia del que Es, escuchan su sentencia de rodillas.

¿Ves aquel torrente de luz que hiende el aire? Es el alma de un hombre que fué despreciado por el mundo. Lloró, sufrió más que tú has sufrido, pero nunca perdió su fé ni su esperanza.

Y pasarón sus días y sus lágrimas, y viene a ser feliz eternamente.

Mas tú, rebelde y orgullosa criatura, que pensabas descansar en el sepulcro, serás horriblemente desgraciado, y lo serás para siempre, para siempre.

Tú lo has querido, no has sido fuerte para vencer las tentaciones y llevar los trabajos de la vida: no eres digno de reinar con los fuertes en el cielo.—

Cesó de hablar; se conmovió el espacio, y desapareció el Señor de los ejércitos.

Y el infeliz suicida quedó sólo, y dejó de ver á su Juez irritado; y vió debajo las llamas del infierno, y contempló la interminable eternidad, y se precipitó blasfemando en el abismo; y sintióse desgarrado por el remordimiento de sus crímenes, mientras que el Angel de su guarda, agitando sus alas de rosa y cruzando el espacio, le decía:

«Tú lo has querido; no has sido fuerte para vencer las tentaciones y llevar los trabajos de la vida: no eres digno de reinar con los fuertes en el cielo.»

(Anónimo).

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

48. El rico avariento y el pobre Lázaro.

Jesus prosiguió enseñando mediante parábolas, diciendo: «Había un hombre rico, que vestia de púrpura y de lino finísimo y que tenía todos los días bou-

quetes muy espléndidos. Al mismo tiempo vivía un mendigo, llamado Lázaro, el cual yacía á la puerta del rico y estaba cubierto de llagas. Hubiera tenido á dicha alimentarse de las migajas que caían de la mesa del rico; pero nadie se las daba; en cambio veían los perros á lamer sus llagas.

«Vino á morir el pobre y le llevaron los Angeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fué sepultado en los infiernos. En medio de sus tormentos alzó sus ojos y viendo de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno exclamó: ¡Abraham, padre mio, compadécete de mí y envía á Lázaro para que siquiera con el extremo de uno de sus dedos, mojado en agua, me refresque la lengua, porque padezco cruelmente en estas llamas! Acuérdate, hijo mio, le contestó Abraham, de que recibiste bienes durante tu vida, mientras que Lázaro por el contrario padecía; ahora le toca á él á ser consolado y tú ocupar el lugar de los tormentos. Además entre nosotros y vosotros hay por medio para siempre una sima tan grande, que los que quisieren pasar de aquí á vosotros, no lo podrían ni tampoco de allá aquí.

«Entonces dijo el rico: Te ruego, pues, padre, que envíes á Lázaro á casa de mi padre á fin de que dé testimonio á mis cinco hermanos, que viven aun, de lo que pasa en el infierno, no sea que vengan ellos también á este lugar de tormentos. Pero Abraham le contestó: Tienen á Moises y á los profetas, oiganlos. El rico respondió: ¡Oh padre Abraham! ellos no oyen á los profetas; pero si alguno de los muertos fuese á ellos, harían penitencia. Abraham replicó: Si no escuchan á Moises y á los profetas, tampoco darán crédito, aun cuando resucitare alguno de los muertos.»

L. C. Businger.

VARIEDADES

SACERDOTES HERÓICOS.

Un diario protestante de Hannover, no pudiendo desconocer la abnegacion y la virtud del clero catolico, ha escrito lo siguiente, cuya lectura recomendamos.

«Los sacerdotes romanos forman una legion de héroes.»

Sostienen el combate que las circunstancias políticas les imponen con una perseverancia, que recuerda á las legiones romanas, y el mundo contempla con admiracion estos hombres á quienes ningun poder de la tierra podrá obligar á hacer cosa contraria á las leyes de la Iglesia.

«Caminan al destierro, sufren el embargo ó incautación de todo lo que es suyo; van á la cárcel; pero perseveran firmes sin que nada pueda doblegarles.

«Rechazados hoy, encuéntraseles mañana en su puesto de combate. ¡Estos son sacerdotes! ¡estos son guerreros! ¡estos son hombres!

«No es la menor de las ventajas de la Iglesia Católica tener sacerdotes, es decir, hombres de accion y no solamente de palabra.

«No hace seis meses que nos llegaba una terrible noticia. De resultas de un choque en alta mar, un buque se iba á fondo con el equipaje, tripulacion y pasajeros.

«Mientras las olas invadian al buque, mientras estos últimos, despertando sobresaltados, se refugian en el puente en desorden indescriptible, mientras unos lloran y otros ruegan, y otros se abandonan á la desesperacion, en ese momento supremo un sacerdote católico, respirando tranquilidad, pasa de uno á otro grupo dando la absolucion y anunciando á todos los que se arrepientan el perdón de sus pecados, en nombre de Dios, ante el tribunal á que pronto deben comparecer.

«¡Cuadro sublime de valor sacerdotal!

«Load á vuestros generales que en cien combates exponen con bravura el pecho á las balas enemigas; cantad las glorias de vuestros hombres de Estado que á sangre fría dan el rostro á un revólver que un asesino les apunta.

«Bien está; pero, ¿qué valen en comparacion de este sacerdote? Cuando todos han perdido la calma de su espíritu, él permanece tranquilo; cuando todos retroceden espantados ante los horrores de la muerte, él, levantando la mano al cielo, ofrece la vida eterna á los que van á morir.

«Y de cien eclesiásticos de la Iglesia Romana, los noventa y nueve son del mismo temple que éste: mientras de cien ministros de la Iglesia Evangelica tal vez no se encontraría uno solo.»

EL ÍDOLO DEL YO.

Huye siempre del abismo
De que va tu orgullo en pos:
El olvido de tu Dios,
La adoracion de tí mismo.
Si á él te arrastra el egoismo,
Ponle sin disculpa freno,
Que el amor propio es veneno
Que la inocencia marchita,
El alma del malo agita
Y gasta el alma del bueno.

O. y B.

EL PADRE.

Considera, ó tú, que eres Padre, la importancia de tu cargo; tu obligacion es ser el apoyo de las criaturas que has producido. De tí depende, que el hijo á quien has dado el sér, te sea una bendicion, ó una maldicion; que sea un miembro útil, ó superfluo en la sociedad. Prepárale desde los principios á la instruccion, y acostumbra su espíritu á las maximas de la verdad. Estudia bien el caracter de su inclinacion, dirígela durante su niñez, y no dejes que sus malas costumbres se fortifiquen con sus años. Asi se levantará como el cedro sobre las montañas, y su cabeza se descubrirá por cima de los árboles de la floresta. El hijo insensato es el oprobio de su Padre; mas el bueno, es el honor de sus canas. El terreno es tuyo, no le dejes secar; si siem-

bras, tú eres quien recogerás el fruto. Enseñale la obediencia, y te bendicirá; enseñale la modestia, y nunca será confundido. Enseñale el reconocimiento, y recibirá beneficios; enseñale la caridad, y de ella sacará ventajas. Enseñale la templanza, y tendrá salud; enseñale la prudencia, y la fortuna le acompañará. Enseñale la justicia, y el mundo le honrará; enseñale la sinceridad, y su corazon no se opondrá á nada; enseñale la diligencia, y aumentará su hacienda; enseñale la benevolencia, y su Alma se elevará. Enseñale la ciencia, y su vida será útil; enseñale la religion, y su muerte será dichosa.

RECUERDOS

DE LAS ETERNAS VERDADES,

POR D. F. JAVIER LOZANO.

(Continuacion)

XVI.

Señor tan omnipotente
Es, que aun infante en mantillas
Le doblaron las rodillas
Tres Monarcas del Oriente:
Tributándole un presente
De gran precio ó interés
Cada uno de los tres
Con respeto el más profundo,
Publican que todo el mundo
Debe postrarse á sus pies.

XVII.

Este señor es aquel,
A quien deben los mortales
Por causas tan esenciales
Servir con afecto fiel:
En el mundo solo á él
Deben todos adorarlo,
Obedecerlo y amarlo
Con voluntad obsequiosa.
Sin pensar en otra cosa
Que en servirlo y agradarlo.

XVIII.

Si Dios sobre un Querubín
Coloca su trono y silla,
Hincándole la rodilla
El más alto Serafin:
Si él es el único fin
Del hombre y de su existencia;
Con qué amor y reverencia
Hoy le sirva el Cristianismo?
Si soy Señor (dice el mismo),
Qué es de mi honor y obediencia?

XIX.

Es delirio sin segundo
Servir á señores dos:
No puede servir á Dios
Quien quiere placer al mundo:
Es pensamiento fecundo
De repugnantes errores
Servir á dos superiores
Que intiman diversas leyes,
Y Dios solo es Rey de Reyes,
Y Señor de los Señores.

XX.

Dios te intima un mandamiento,
Y otro el mundo muy contrario:

¿A quién en caso tan vario
Has de obedecer atento?

Tan falta de entendimiento
Ha de estar tu voluntad,
Que escuche la liviandad
De una engañosa sirena,
Sin oír lo que te ordena
La Suprema Magestad?

XXI.

Dirás que al mundo prefieres
Porque en todo te da gusto,
Y que Dios, como tan justo,
Te veda muchos placeres:

Si desengañarte quieres,
Es preciso que repares,
Que estos gustos que á millares
Brinda el mundo á sus clientes,
Son contentos aparentes
Envueltos en mil pesares.

(Se continuará.)

LA URNA DE LAS LAGRIMAS.

LEYENDA.

Cuéntase que, en tiempos pasados, una desgraciada viuda, que había quedado sin fortuna, y sin amparo ni consuelo en el mundo había concentrado todos los afectos de su corazón en su única hija, la niña Odeta.

Dios había enriquecido á esta pobrecita con todos los dones de la gracia y de la naturaleza, llenándola de encantos, como para hacer un paraíso á la madre.

Odeta había crecido en edad y juicio, sin haber nunca causado á nadie ningún pesar: sin embargo, su madre le había dirigido bastantes veces una tierna reprensión, cuando al venir la noche caía en un triste letargo en que sus ojos azules se clavaban por largo tiempo en el firmamento.

—¿Estás distraída, hija mía?

—¡El cielo es tan hermoso! respondía el ángel.

Una especie de terror se apoderó de la pobre madre.

—¡Si este cielo tan bello viniera á arrebatarme á mi Odeta... ¡También es ella hermosa y pura...!

Llegó el día en que la niña hizo la primera comunión: la dicha de su corazón, la emoción de su alma fué inmensa. Entrada la noche, llena de júbilo, miró de nuevo al cielo, entregándose á místicas contemplaciones. Mas el transporte vivo de su alma y el ardor de su corazón encendieron en su cuerpo una fiebre ardiente.

Los médicos fueron impotentes para contener los progresos del mal, y un delirio, en que repetía sin cesar: *Jesús... el cielo... mamá...!* Odeta espiró.

¿Quién podría describir la desesperación de la desventurada viuda? Si la niña había subido al cielo la madre había perdido su paraíso.

Derramó en un día todas las lágrimas que la dicha había contenido durante diez años, fue después ferviente su plegaria, y llena

de conformidad era la oración á la cual Dios no resiste.

Cuando el sol iba al ocaso, esta madre desolada, encerrada en su bohardilla, lejos de las miradas y del consuelo de los hombres, miraba al cielo, lloraba y oraba.

Todas las mañanas la aurora la encontraba de rodillas; no había querido descansar más desde que la niña no reposaba ya á su lado, en el pobre lecho en donde tantas veces la había contemplado mientras dormía.

Una noche la madre estaba velando en su triste bohardilla, elevando entre sollozos sus gemidos al cielo; la luna en su último cuadrante, alumbraba apenas con sus lánguidos reflejos aquella escena de quebranto, cuando de repente la puerta se abrió, y una claridad suave y deslumbradora se desprendió de una aparición.

¡Odeta!!! gritó la madre al reconocer á su hija radiante de hermosura: ¡Hija mía!...

La niña llevaba en sus manos una maravillosa urna de oro, que sostenía con precaución, porque estaba llena hasta el borde.

—Madre, la dijo, Dios me envía á tí. Ahí tienes tus lágrimas, todas me las ha dado. ¡Ay mamá, soy felicísima: no llores más, porque la urna está llena, y si lloras todavía, Dios para oírte, y volverme á la tierra, va á retirarme del cielo donde te espero y en donde nada podrá separarnos. ¡Gozo de tanta dicha aquí, que no quiero perderla, sino esperarte para que la goces conmigo comprándola con tu resignación.

La vision desapareció, cayó de rodillas para dar gracias á Dios, repitiendo sin cesar:

—Señor, ¡que bella es mi hija en el cielo!

Y una lágrima saltó de sus pupilas; pero ya no era una lágrima de dolor, sino de gratitud; ella no hizo desbordar la urna, y así Odeta permaneció en el paraíso.

Principales virtudes del hombre de bien.

No murmura ni maldice,
Es de manso corazón,
Obra en justicia y razón
Y piensa bien lo que dice;
Procede con lealtad,
Habla siempre la verdad,
Socorre al necesitado;
Y noble, rico ó letrado
Nunca tiene vanidad.

La siguiente bellísima poesía está tomada de la obra titulada A LA VIRGEN MARÍA, debida á la pluma del inspirado poeta D. Manuel Jorroto. No podemos menos de recomendar á nuestros lectores este precioso libro en el que tanto resalta la piedad y el talento de su autor. (1)

TRIUNFO.

Poco te falta ya, conciencia mía,
noche la vida es que desvanece
la luz crepuscular del nuevo día,

(1) Véndese este libro en las oficinas de la Agencia Juris, plaza de Isabel II, núm. 2, Madrid.

Y la tuya, que tanto te estremece,
que tanta lucha encierra y tal tormento,
pronto concluye ya... ¡pronto amanece!

Un esfuerzo no más, un poco aliento
y vence en la batalla transitoria;
que el triunfo se aproxima... que ya siento

La palma tremolar de la victoria,
y el aire delicioso que la mueve,
me inunda de placer, de luz y gloria.

Un esfuerzo no más... Ya me conmueve
la muerte con su mano yerta y fría...
...Espera que mi polvo se le lleve,

Y, henchida de placer y de alegría,
conmigo subirás en vuelo breve
al espléndido trono de María.

CANTARES

Más mata una mala lengua
Que las manos del verdugo,
El verdugo mata á un hombre
Y la mala lengua á muchos.

A la luna dijo el sol
Que se fuera á recoger,
Que eso de andar á deshora
No es de mujeres de bien.

Haz bien y si mal te pagan
Canta esta copla contento:
«El bien se siembra en la tierra
Y se cosecha en el cielo.»

No envidies al que á tu lado
Pase con ojos serenos,
Que unos lloran para afuera
Y otros lloran para adentro.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales
Media 2 " "
Un cuarto id. 4 " "
Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.